

Al fin

adrian eloy garcia gaitan



Image not found.

Capítulo 1

Ya no soy el mismo, lo se.

No corro, no salto como en mis buenos tiempos. Ahora duermo la mayor parte del día y no tengo ganas de jugar con él. Se que le estoy fallando en ese sentido. Mucho menos podría protegerlo si eso fuera necesario.

Hasta mis viejos huesos duelen y se niegan a responder. Ni hambre tengo, a veces solo bebo un poco de agua, lenta y perezosamente.

Él viene a verme y me pide que me levante y lo acompañe como siempre. Lo he intentado. Pero no puedo. Ya no.

Y duele, hombre... Siempre duele.

Te todas maneras, él insiste. Dulcemente me llama por mi nombre, acariciándome. Apenas regresa de la escuela, viene derecho a saludarme. Yo lo espero, lo recibo con mucho amor. Al menos le muevo mucho la cola, a esta altura el único músculo que no siento atrofiado... Pero apenas si puedo levantar mi vista hacia él.

¿Vista, dije? Bueno, hombre... "vista"... es un decir. Cuando hay mucha luz con mi ojo derecho percibo figuras borrosas. El otro ojo está casi ciego. Pero siento su olor. Olor a caramelos y perfume para la ropa.

No me gusta verlo triste. Muevo aún más la cola, hasta que una sonrisa afectuosa asoma en su rostro angelical. Entonces, descanso mi cabeza nuevamente y me doy por satisfecho. Porque duele, hombre. Y se siente mejor estar acostado así, tranquilo a la sombra, sin nada que hacer...

¡Pero mira, ahí esta otra vez el madito gato!

Lo odio, hombre. Y el odio es recíproco.

Me mira con cinismo, se pasea por la casa, sabiéndose dueño absoluto. Ya no puedo perseguirlo más. Entra y sale por la ventana como si fuera un rey. Cada dos por tres viene mugriento, oloroso y magullado, y recibe toda la atención de la casa. Me mira fijamente y se burla de mí con esa mirada. Como odio a ese gato del demonio. No sé que le ven de gracioso.

Mi amo ya terminó de almorzar, ahora volvió a mi lado y me acaricia la pata izquierda. Justo allí, donde tengo la gran marca. Cruzamos una mirada cómplice, comprendo que se está acordando del motivo de la cicatriz.

Y yo también recuerdo...

...Era una cálida primavera, varios años atrás, yo esperaba en la puerta su regreso de la escuela. Llegó a mi primero su olor y a continuación escuché varias risas. Era él, al fin.

Pero después de las risas, oí gritos.

De pronto lo ví doblar la esquina. Detrás de él aparecieron cuatro chicos más persiguiéndolo y acosándolo entre burlas. Uno de ellos le hizo una zancadilla y él cayó de bruces sobre el pavimento.

Reaccioné entonces, en segundos estuve a su lado, ladrando a pleno pulmón.

Un chico me lanzó una patada fallida.

Me interpuse entre él y el grupo. El más alto de ellos corrió hasta un árbol, volvió con sus manitas llenas de piedras, las repartió entre los demás y empezaron a arrojármelas, pero con muy mala puntería.

Mi amo se incorporó, se acercó a mi lado, me pidió que me calmara.

En ese momento me volví hacia él y sentí un pinchazo en una pata. Luego un calor corrió por ella como lava ardiente.

Al ver la sangre, los chicos se asustaron y huyeron.

Una vez en casa, me vendaron la pata. Me atormentó varios días pero al tiempo me recuperé. Había protegido a mi mejor amigo, nunca olvidaría ese día.

Pero tal como lo defendí aquella vez... Hoy no podría.

¡Otra vez ese gato! ¿Que quieres acá? ¡Vete! ¡No me molestes más! Vino a oler mi plato de comida, indolente. Por suerte ya se fue.

Gato odioso, haragán y molesto. Creo que vive para hacerme enojar...

Hace un rato mi amo salió de su dormitorio y se quedó un rato largo a mi lado, hablándome con ternura.

No fue a la escuela, estuvo toda la mañana conmigo. Hasta que un desconocido golpeó a la puerta.

Mi amo regresó junto a ese individuo, que empezó a llamarme por mi nombre, como si me conociera de toda la vida. Me acarició la cabeza con unas manos que despedían un fuerte tufo a perfumes químicos. Luego me

dio la espalda y abrió un bolso del que salieron idénticos olores. Cuando se volteó, tenía en sus manos una especie de aguja punzante, de aspecto espantoso. Me puse en guardia de un salto, hasta mis cansadas articulaciones crujieron.

Pero mi amo me abrazó. Me dijo que me tranquilizara, que iba a estar mejor, que no dolería.

Dolió, en realidad, pero apenas un poquito. ¡Con él a mi lado podría soportar cualquier dolor, hombre!

El tipo ya se fue.

Mi amo no se despegó de mi lado. De a ratos está llorando.

¡Que lástima no poder jugar con él hasta arrancarle carcajadas, como en aquellos viejos tiempos!

¡Que pena!

Ahora siento más sueño que nunca.

Tu, hombre, que escuchas mi historia.... ¡Vamos! ¿Por qué esa cara?

Te cuento un último secreto...

El sueño es tan profundo que no dan ganas de despertar.

Y ya no duele.

No duele más, hombre.